

## **AUTORES Y CRITICOS**



## LA DISERTACION DOCTORAL DE MARX Y SU "IDEALISMO" \*

Por

CARLOS ASTRADA

**L**A *Disertación doctoral* de Karl Heinrich Marx, de 1841, en la Universidad de Jena, se publica por primera vez en castellano, hecho realmente auspicioso encarado por la Editorial Devenir.

La traducción, muy correcta, efectuada del original alemán, viene precedida por una *Introducción* de Alfredo Llanos, lúcida y explicativa —con muy útiles consideraciones histórico-filosóficas— acerca del significado de este trabajo en la evolución intelectual de Marx.

Tenía que conocerse en nuestro idioma este trabajo juvenil de Marx, que marca un primer hito en el desarrollo filosófico de su pensamiento. Hasta ahora no se había tenido suficientemente en cuenta esta Tesis sobre *Demócrito y Epicuro* ni valorádola en toda su importancia para comprender, a partir de ella, el itinerario de las etapas fundamentales de la filosofía de Marx. Desgraciadamente, del Manuscrito de esta *Disertación* se han perdido, o traspapelado en los legajos de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Jena, capítulos íntegros (IV y V) de la primera parte e importantes notas apendiculares. Con todo, sobre la base de lo conservado, se puede enfocar el problema dilucidado por Marx y su alcance filosófico.

En su Tesis, Marx analiza las diferencias que separan y distinguen las respectivas posiciones filosóficas de Demócrito y Epicuro.

\* CARLOS MARX, *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro*. Buenos Aires, Editorial Devenir, 1965. 115 p.

Lo hace al hilo de la relación de pensamiento y realidad, y la actitud que frente a éstas asume la conciencia teórica de ambos pensadores; hace también un penetrante esclarecimiento acerca de la diferencia en la manera de concebir el átomo en uno y otro. Respecto a lo primero escribe: *Mientras Demócrito hace del mundo sensible una manifestación subjetiva, en cambio Epicuro hace de él una manifestación objetiva* (Doktor Dissertation von Karl Marx, 1841, pág. 33, ed. Friedrich-Schiller-Universität, Jena, 1964). Así, según Marx, la diferencia en el juzgar teórico de Demócrito y Epicuro sobre la seguridad de la ciencia y la verdad de sus objetos tiene efectividad en las disparejas energía y praxis de estos pensadores. Aunque Demócrito tiene el mundo de la percepción sensible como un mundo real y pleno de contenido, él es, por cierto, apariencia subjetiva... y al mismo tiempo objeto real; el mundo tiene como tal valor y significación. De ahí que Demócrito es impelido a la observación empírica (*Dissertation*, pág. 33, ed. cit.). En sus respectivas concepciones, señala Marx que *Demócrito emplea la necesidad, Epicuro el azar (la contingencia), y ciertamente cada uno rechaza con aspereza polémica el parecer opuesto* (*Dissertation*, pág. 37). *Vemos a ambos hombres oponerse paso a paso. El uno es escéptico, el otro dogmático; uno tiene el mundo sensible por apariencia subjetiva, el otro por manifestación objetiva. Aquél que tiene el mundo por apariencia subjetiva se aplica a la ciencia empírica de la naturaleza y a los conocimientos positivos y, aprendiendo en todas partes, representa la inquietud de la observación que experimenta tratando de abarcar amplitud. El otro, el que tiene por real el mundo de los fenómenos, desprecia la empirie; la tranquilidad del pensar que se satisface a sí mismo, la independencia, que extrae su saber ex principio interno, están personificadas en él. Pero todavía aumenta la contradicción. El escéptico y empírico, que a la naturaleza sensible tiene por apariencia subjetiva, la considera desde el punto de vista de la necesidad y busca explicar y asir la existencia real de las cosas. El filósofo y dogmático, en cambio, que tiene por real el fenómeno, ve en todas partes*

*La disertación Doctoral de Marx y su "Idealismo"*

*el azar, y su modo de explicación tiende más bien a suprimir toda realidad objetiva. Parece radicar una cierta absurdidad en estas oposiciones (Dissertation, pág. 39).*

Marx enfoca críticamente el atomismo antiguo, en las concepciones democrítea y epicúrea; pero prefiere la posición de Epicuro, mejor dicho, su interés se centra especialmente en su filosofía. Se detiene en la tesis de ésta acerca de la desviación del átomo de la línea recta, su clinamen. *La declinación epicúrea del átomo ha modificado, pues, toda la construcción interior del reino del átomo, haciendo valer mediante ella la determinación de la forma y efectivizar la contradicción que radica en el concepto de átomo. De donde Epicuro ha sido el primero, bien que en forma sensible, que ha concebido la esencia de la repulsión, mientras Demócrito sólo ha conocido su existencia material. Por eso también encontramos formas más concretas de repulsión; en la político ella es el contrato, en lo social, la amistad, la que es encomiada como lo supremo (Dissertation, pág. 47).* Se trata, en Epicuro, nada menos que de la afirmación del concepto de individualidad, a la que ve ya en su forma más general en la repulsión, o desviación de la línea recta, del átomo. Al desviarse del átomo de la línea recta le otorga Marx verdadera importancia en la concepción epicúrea, y la explicación que de ella nos da resulta esclarecedora y de gran alcance, como veremos: *Así como el átomo se libera de su existencia relativa, de la línea recta, haciendo abstracción de ésta, apartándose de ella, lo mismo toda la filosofía epicúrea se desvía en todas partes de la existencia que limita, donde el concepto de la individualidad abstracta, de la independencia y negación de toda relación con otra cosa debe ser presentada en su existencia (Dissertation, pág. 45). Para Marx, la repulsión es la primera forma de la autoconciencia; de ahí que ella corresponda a la autoconciencia que se aprehende como siendo inmediatamente, como individuo abstracto (Dissertation, pág. 46).* De este modo, aduce Marx, *deja el hombre, ante todo, de ser un mero producto natural cuando lo otro con lo cual él se relaciona no es ninguna existen-*

*cia diferente, sino que igualmente es un hombre individual, aunque todavía no es tampoco el espíritu. El hombre como hombre llega a ser, empero, pera sí su único objeto real, además tiene él que ser su existencia relativa y haber quebrado en sí el poder de los apetitos y la mera naturaleza* (Dissertation, pág. 46). Marx ha visto perfectamente el surgir, en Epicuro, del concepto de individualidad y el elemento ideológico que esta supone, configurando toda la filosofía epicúrea.

Estas consideraciones dejan sospechar ya por qué Marx se interesa más en la concepción de Epicuro que en la de Demócrito, aunque en etapas posteriores de su pensamiento había de tener muy presente el materialismo de Demócrito. Late en ellas el problema de la autoconciencia y su función peculiar, planteado implícitamente por las urgencias filosóficas y políticas que impelen al individuo, al sujeto, a enfrentarse con el mundo histórico de la época y conciliar sus propias exigencias humanas de autocomprensión con las estructuras objetivas de ese mundo y con la necesidad que éstas exhiben, necesidad limitativa y a la vez encauzadora de la libertad del individuo. Es el problema de la actividad del sujeto, tal cual ésta encuentra formulación en la filosofía hegeliana. Además, tal interés de Marx por Epicuro supone ya una crítica de la valoración histórico-filosófica del pensamiento griego, de su apogeo en los grandes sistemas, hecha por Hegel. Precisamente, en Epicuro, la tesis de la realidad del fenómeno, de la objetividad real del mundo y de la autonomía de la autoconciencia, de la libertad del individuo, que está frente a este mundo objetivo —aunque el filósofo del Jardín renuncie a obrar sobre él— lo lleva a contar con la necesidad y la contingencia, con el azar, y a tratar, en cierta medida, de conciliarlas en su pensamiento. De aquí surge en la filosofía epicúrea la dialéctica de la necesidad y la libertad o contingencia. Con acierto a este respecto escribe George Thomson: *La filosofía de Epicuro es la culminación del materialismo filosófico antiguo. Su sentido de la dialéctica, revelado en el concepto de interdependencia de la necesidad y el azar, de la relación entre*

### *La disertación Doctoral de Marx y su "Idealismo"*

*el hombre y la naturaleza, y del desarrollo del progreso humano, invita a la comparación con la dialéctica intuitiva del materialismo jonio, que culminó en Heráclito; y hasta ese grado puede considerarse que llevó a su madurez los elementos más positivos del pensamiento primitivo. Por otra parte, el materialismo de Epicuro, como el de Demócrito, es pasivo más bien que activo. Los epicúreos no tratarán de cambiar el mundo, sino de alejarse de él (Los Filósofos Primitivos, pág. 380-381, trad. castellana, México 1959).*

Marx, en sus penetrantes reflexiones en torno a las concepciones de Demócrito y Epicuro, ha tocado pues las raíces de la ideología y la falsa conciencia, dándonos la clave para poner al descubierto los elementos ideológicos en la ciencia moderna.

Acercar del verdadero motivo e interés que lo lleva, en su *Dissertation* doctoral, a fijarse como tema la *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro*, Marx lo ha confesado en carta de 21 de diciembre de 1857, a F. Lassalle: *Mis gracias por Heráclito. Siempre tuve gran benevolencia por este filósofo al que, de los antiguos, sólo exceptuando a Aristóteles, prefiero. A la filosofía posterior. Epicuro (particularmente éste), el estoicismo y el escepticismo la he hecho objeto de especial estudio. vero más por interés político que filosófico.* En aquella época de su Tesis, Marx — en desacuerdo con los jóvenes hegelianos de izquierda— concentra su atención en los problemas políticos y sociales, emergentes de la situación histórica de Alemania. Se trata también, para él, de un acuciante problema filosófico con relación al propio sistema de Hegel, al que ya lo enfoca críticamente. No es cuestión de justificar moralmente a la autoconciencia de acuerdo a la idea absoluta hegeliana, sino del avance del saber mismo frente al nuevo estado de cosas y su posible mutación por la acción política.

Hay una nota, perteneciente quizá a las del apéndice de la *Dissertation*, nota que no figura en la edición alemana que hemos venido citando, ni tampoco en la traducción de Molitor, ni en la de M E G A, pero si incluida en la amplia selección de *Die Frühschriften*

de Marx, editados por Siegfried Landshut. Esta nota, intitulada *El punto nodal de la filosofía* es muy sugestiva en lo que atañe al modo cómo concibe Marx la relación de la filosofía con el mundo exterior; al momento en que ella asume diversos visajes, actitudes, y teje ardidés para salir de su clausura en la autoconciencia, en la individualidad abstracta, y así penetrar en el mundo real, afincarse en él, dilatándose en la dimensión del mundo para abarcarlo conceptualmente y hacer de él su morada. Es el *devenir mundo* de la filosofía, es decir, la plasmación de ésta en la realidad, lo que significa la *pérdida de la filosofía*, como filosofía abstracta, para imbuirse en el mundo. Aquí está *in nuce*, lo que después se enunciará categóricamente en la XI de las *Thesen über Feuerbach*. No puede quedar recluso el hombre en la autoconciencia, sino que su misión es transformar el mundo en morada humana. Lo contrario es lo que testimonia la filosofía de Epicuro, el cual aunque repudia la sociedad esclavista, que configuraba la ciudad-estado de su época, rehuye, con sus amigos, luchar contra esta situación para modificarla.

La nota de Marx, a que nos referimos, documenta y esclarece este proceso, destacando sus etapas. *Así como en la filosofía* —escribe— hay puntos nodales (empalmes), que en sí mismos se elevan a concreción, aprehenden los principios abstractos en una totalidad y de esta manera quiebran la progresión de la línea recta, del mismo modo hay movimientos en los cuales la filosofía vuelve los ojos al mundo exterior, no más conceptivamente, sino como una persona práctica que, por así decir, teje intrigas con el mundo desde el transparente reino de la *Amentha* (lugar donde las almas —según creencias egipcias— se ven) y se arroja al corazón de la Sirena mundana. Esta es la época de la noche de carnaval de la filosofía; ella se pone un disfraz de perro como el cínico, una vestidura sacerdotal como el alexandrino o un vaporoso traje de primavera como el de los epicúreos. Es para ella, entonces, esencial, ponerse máscaras características (*Die Frühschriften*, pág. 14, Stuttgart 1953). Es que la crisálida del pensamiento filosófico ha dejado ya de ser oruga en el sistema que la

*La disertación Doctoral de Marx y su "Idealismo"*

aprisionaba entre los sutiles hilos de su capullo, y con las alas ya crecidas tiende su vuelo por el ancho mundo y su realidad múltiple, seductora y aristada. Pero, como lo vio Marx a propósito de Epicuro, esta inquieta mariposa diurna de brillantes alas puede devenir mariposa nocturna, que, renunciando a la luz del día, se acoge a una sosegada lumbré hogareña. Se ha liberado del vuelo corto en la prisión de las estructuras lógicas hipostasiadas, pero la ha sobreecogido el temor de volar sobre valles y montañas bajo la luz solar.

*... Como Prométeo, que robó el fuego celestial para construir casas y comenzó a establecerse sobre la tierra, así también la filosofía, la que se ha dilatado hasta el mundo, se vuelve hacia el mundo que se manifiesta. Tal ahora la filosofía hegeliana. En tanto que la filosofía se ha aislado en un mundo acabado y total, la determinación de esta totalidad está condicionada por su desarrollo en general, así como esta totalidad es la condición de la forma, la que en su cambio brusco accede a una relación práctica con la realidad (Op. cit., pág. 12-13). De esta manera la totalidad del mundo en general queda escindida. Pero la escisión del mundo no es causal, cuando sus partes (lados) son totalidades. El mundo es, pues, un mundo desgarrado, al que se enfrenta una filosofía en sí total. La aparición de la actividad de esta filosofía es, así, también una actividad escindida y contradictoria; su universalidad objetiva se convierte en formas subjetivas de la conciencia individual, en las cuales ella se torna viviente (Op. cit., pág. 13). Es la contradicción que anida en el todo sistemático de la filosofía (en este caso la hegeliana), que al enfrentarse escindido con el mundo, su universalidad objetiva suscita la actividad viviente de la autoconciencia, del sujeto, creando una relación práctica con el mundo real, el de la naturaleza y de la historia.*

*Las arpas vulgares suenan bajo cualquier mano; las arpas eolias sólo cuando la tempestad las hiera. No es permisible desorientarse por esta tempestad, la que llega después de una gran filosofía, de una filosofía secular (Op. cit., pág. 13). Después de la filosofía de Hegel —y casi contemporáneamente con ella— empezó a arceciar la tempes-*

tad histórica, la que sopló huracanada en casi todos los dominios del pensamiento: jurídico, filosófico, social, político, creando contradicciones, antinomias, y así dio lugar a una lucha agonal de las ideas, de las *Weltanschauungen*, sobre todo de la político-social. La filosofía de Hegel fue su propia *época captada en conceptos*. Pero esta época, al asumir su crisis histórica trajo consigo, para un pensador de la jerarquía de Marx, la exigencia de superar críticamente aquella filosofía. . . . *El sistema de Hegel como sistema acabado, como pensamiento secular, significa no sólo el fin de una etapa de la filosofía —la etapa especulativa—, sino también de una situación histórica y la vigencia de sus formas espirituales y sociales, traídas a la vida y determinadas por el mundo que había insurgido por obra de la Revolución Francesa. En virtud del concepto de negatividad dialéctica, insito en el devenir social, tenía que surgir la oposición a la filosofía especulativa de Hegel, oposición que se concreta y funcionaliza en la filosofía de Marx. La oposición a una filosofía —que, como la de Hegel, fue fiel a la sustancia histórica, a los hechos y a las ideas del pasado— implica el advenimiento de una nueva filosofía, apta para llevar a cabo la crítica y asimilación de las ideas de ese pasado. Su tarea, centrada en el concepto medular de la praxis, e instrumentada por la dialéctica, era nada menos que afirmar frente a la especulación la primacía de la vida y abrir el camino para la acción transvaluadora de los contenidos de la realidad social* (La doble faz de la dialéctica, pág. 85-86, ed. Devenir, Buenos Aires, 1962).

Esta mutación, según Marx, obedece a una necesidad histórica. Después de la disolución de una filosofía total, tal cual era la arquitecturada por el idealismo objetivo de Hegel, viene la pretendida vigencia de la de los representantes de su escuela. Esta conlleva en sus diversas direcciones el principio metodológico de la dialéctica. Los sucesores de Hegel, que invocaban en su polémica interior ser los depositarios de su herencia intelectual, practican una dialéctica de la medida, que desemboca en la medianía. A esta la tomaron como la suprema categoría de la dialéctica, como expresión de ese espíritu que

*La disertación Doctoral de Marx y su "Idealismo"*

en el vértice del idealismo, se sabe a sí mismo. Pero como explica Marx, una *medianía* que se toma como manifestación normal de lo absoluto, cae en lo desmedido, es una desmedida pretensión.

Y así como tras la tempestad que ha tronchado o desgajado los grandes árboles, se ve en el claro abierto en el bosque los de menor cuerpo que, por su flexibilidad, la han resistido, del mismo modo después de una filosofía total como la de Hegel, la realidad que ella había abarcado se fragmenta, y aparecen —en lugar del problema capital— los problemas particulares, que no se los logra abarcar en una visión global. Es el turno de los epígonos y de los críticos que no pueden situarse a la altura del maestro. Así surgen Ludwig A. Feuerbach, el más lúcido, Bruno Bauer, Arnold Ruge, Vischer, el esteta, etc. Ellos no tuvieron ni la sospecha que, para Hegel, la lógica no era una forma aislada, sin contenido, sino un contenido que se totaliza en la forma lógica del pensamiento puro. Había que recorrer, con una dialéctica idónea, el camino que va de la razón absoluta hasta lo humano, de lo metafísico a la política, y éste fue el itinerario que los epígonos, los jóvenes hegelianos, no pudieron absolver.

Sin aquella necesidad histórica, señalada por Marx, *no es concebible cómo después de Aristóteles podían aparecer un Zenón, un Epicuro, y hasta un Sexto Empírico, como después de Hegel surgen a la luz del día los mezquinos ensayos, carentes de fundamento de los nuevos filósofos* (Die Frühschriften, pág. 13). Asimismo nos advierte Marx que no nos es permisible olvidar que la época que sigue a tales catástrofes, o tempestades, es una época de hierro, pero feliz si la caracterizan luchas titánicas. *Titanescas son estas épocas, las subsecuentes a una filosofía total y sus formas subjetivas de desarrollo porque la discrepancia que constituye su unidad es inmensa. Así Roma sigue a la filosofía estoica, escéptica y epicúrea. Desdichadas y de hierro son tales épocas porque sus dioses han muerto y la nueva diosa tiene de inmediato la oscura forma del destino, de la pura luz o de la pura tiniebla... La felicidad en tal desdicha es por lo tanto la forma subjetiva, la modalidad en la cual la filosofía, como conciencia subjetiva,*

*se comporta con respecto a la realidad. Así fue, por ejemplo, la dicha de la filosofía estoica y epicúrea; tal como la mariposa nocturna busca, cuando el sol universal se ha puesto, la luz de la lámpara de lo privado (Op. cit., pág. 14).*

En la evolución de Marx del idealismo especulativo hegeliano al materialismo dialéctico, e histórico, él no abandona en ningún momento el concepto de *sujeto activo* del idealismo alemán —acuñado de modo decisivo por Hegel—, aunque Marx lo depura del giro abstracto que tenía en aquél, puesto que *el idealismo no conoce la real actividad sensorial como tal* (Thesen über Feuerbach, I). Esta conquista del idealismo hegeliano —la actividad del sujeto— queda siendo una idea axial en el pensamiento de Marx a través de todas sus etapas. Sin ella no sería concebible la dialéctica materialista. Esta idea despuntada precisamente en la *Dissertation*. Los marxistas ortodoxos, y, menos que ortodoxos, vulgares, quedan siempre anclados en lo que ellos llaman *el paso de Marx del idealismo al materialismo*, concibiéndolo erróneamente como si tal *paso* marcara una discontinuidad brusca en el desarrollo de su pensamiento. Se plantean el problema baldío —sobre todo, los escritores soviéticos que incursionan en la *filosofía*— de saber cómo, por una especie de birlé-birloque Marx sale del recinto clausurado, cerrado con llave, del *idealismo* y accede al *materialismo*. Los tales no parecen ni sospechar que en Marx la dialéctica materialista tiene dos instancias: una —que es una constante filosófica— la actividad del sujeto y otra, directamente superada, el materialismo pasivo de Feuerbach, quien *no capta la sensibilidad como actividad práctica sensorial-humana* (Thesen über Feuerbach, V, Marx-Engels, *Ausgewählte Schriften*, Bd. II, pág. 371, Dietz Verlag, 1964); la *impacce* feuerbachiana, puesta de manifiesto por Marx, niega la consecuencia de cada uno de los términos de una alternativa: *en tanto que Feuerbach es materialista, en él no tiene lugar la historia, y en tanto que él toma en consideración la historia, él no es absolutamente materialista; en él el materialismo e historia se separan uno del otro* (Deuts-

*La disertación Doctoral de Marx y su "Idealismo"*

che Ideologie, pág. 354, en *Die Frühschriften*, ed. cit.); ergo Feuerbach ni siquiera sospechó lo que Marx, en este caso fundamentaría: el materialismo histórico.

Pero no terminan aquí los errores acerca de la verdadera posición de Marx, que queda documentada en su *Dissertation*. Ellos resultan de que el marxismo oficial es poco filosófico y demasiado obediente a las consignas partidarias acerca de la doctrina. En una nota bibliográfica de recensión de *Die Doktor Dissertation von Karl Marx*, en la edición por nosotros citada (de la *Friedrich Schiller Universität*, Jena, 1964) Auguste Cornu —por no haber captado en su efectivo alcance lo que significa, para Marx, la actividad del sujeto con relación al mundo— incurre en el grueso error de atribuir, en la Tesis, una coloración fichteana al pensamiento de Marx. En último caso cabría, con cierta licencia, situar a Marx en el idealismo objetivo hegeliano, pero no en el subjetivo fichteano. Según Cornu, Marx en la *Dissertation*, *llega a una Weltanschauung* nueva, *totalmente idealista; ella se basaba en la concepción de una acción recíproca de espíritu y mundo, la que en su parcial tendencia fichteana lo separaba tanto de Hegel como de los jóvenes hegelianos* (*Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, pág. 525, N° 4, 1965) ¡Cornu lo hace retroceder a Marx por sobre Hegel hasta Fichte! Marx, que conocía la obra de Hegel, no podía ignorar que éste en uno de sus primeros escritos (junto con *Glauben und Wissen*), *Differenz des Fichteschen und Schellingschen Systems*, de 1801, hace la crítica del *idealismo subjetivo* de Fichte, poniendo de manifiesto su *insuficiencia*. Aún más, Marx conocía la posición subjetivista del idealismo fichteano, y no podía caer en ella. En carta a su padre, de 10 de noviembre de 1837, desde Berlín, donde al cabo de un año se encontraba realizando sus estudios de jurisprudencia, al darle cuenta de la marcha de su labor, en la que alterna sus estudios de derecho y filosofía del derecho con los de filosofía, le dice: *Yo tenía que estudiar jurisprudencia y sentía ante todo el apremio de habérmelas con la filosofía* (*Die Frühschriften*, pág. 5, ed. cit.). Pero con respecto a éstos sus estudios de

derecho (Pandectas) y filosofía, le escribe: *Ante todo aquí surge muy perturbadora la misma oposición de lo real y de lo que debe ser, que es propia del idealismo... Primero, vino la por mí benevolentemente bautizada metafísica del derecho, es decir, principios fundamentales, reflexiones, definiciones del concepto, separadas de todo derecho real y de toda forma real del derecho, como acontece en Fichte...* (Op. cit., pág. 3). ¿Dónde está la tendencia fichteana de Marx, que según Cornu, aparece en la *Dissertation*?

---

CARLOS ASTRADA. Ejerció la docencia secundaria y universitaria. Estudió filosofía en las universidades alemanas de Colonia y Friburgo. Autor de numerosas obras sobre temas filosóficos, obtuvo en 1940 el Segundo Premio de la Comisión Nacional de Cultura por su libro *La ética formal de los valores*.

## CONDICION Y PRENDIMIENTO DE LO ARGENTINO EN LA NOVELA DE OXLEY

Por

ALBERTO FERNANDES LEYS

*Todo se somete a la voluntad del hombre.*  
DIEGO R. OXLEY

**E**SCRIBIR acerca de la pasión literaria de Diego R. Oxley constituye un riesgo. Es morosa la opinión para mensurar las excelencias del escritor. Comprovincianos se cuentan que manejan una prosa ditirámbica para agasajar a un escritor argentino, proclive a los temas escabrosos, residente en París, y soslayan la labor de un escritor provincial, afinado en el terruño, que explora con fervor los hondones del ser nacional.

¿Cuál la naturaleza del riesgo? Conviene señalar este episodio. En un cursillo dictado en Santa Fe Capital para exaltar la literatura argentina, estudiosas de la ciudad de Rosario examinaron el acervo intelectual de escritoras y escritores porteños. En el transecurso de los debates, alguien hizo pie en la escasa relevancia de las figuras tratadas. Sostuvo luego que en provincia debía analizarse la obra de los escritores del interior. Y propuso tres nombres: Marcos Fingerit y Benito Lynch, bonaerenses, y Diego R. Oxley, santafesino. En la ocasión, un joven novelista de Santa Fe, negó dos nombres. Uno de ellos, naturalmente, fue el de Diego R. Oxley.

Significar pues los méritos de su novelística, supone dar el rostro a los negadores sistemáticos del movimiento literario provincial. Componen el clan los escritores extraños al paisaje y su arquetipo. Se encuentran en la latitud de origen por accidente geográfico, desarraigados de la tierra victoriosa, sin emoción para percibir la autenticidad del destino nacional.

Ubicados en este otro lado de la vida argentina, asumimos la tarea con absoluta responsabilidad.

## DESCUBRIMIENTO DE OXLEY

*El remanso* importó, para mí, el descubrimiento de Diego R. Oxley, escritor. Carecía de noticias acerca de su existencia. Alguna vez me confió el poeta ecuatoriano Atanasio Viteri: *qué mal nos conocemos los escritores sudamericanos*. Lo correcto sería aludir a la deficiente información que tenemos de los escritores de nuestro país. El escritor es un ser insular. Lo instala así la conspiración del silencio<sup>1</sup>. Ciertos escritores no leen. O leen mal. O sea, leen lo que las editoriales encomian. Y de este modo prospera una aristocracia de escritores convencionales con éxitos de librería. *El remanso* — dije — constituyó para mí una plural revelación: el escritor y su obra. Años más tarde, conocí personalmente a Oxley. Y tuve la certidumbre del modo en que el hombre se proyecta a lo largo de su pasión literaria. Sostuve entonces que *El remanso* era un poema de la voluntad. Señalo, de paso, que la voluntad es una fórmula auténticamente argentina para existir en la vida. En torno a ella, escribí entonces lo siguiente:

En la conquista de América, las cosas ocurrieron de idéntica manera que como las describe Diego R. Oxley en *El remanso*, novela que transcurre en el ámbito selvático de las islas del Paraná: 1º Arribo

<sup>1</sup> ¿Qué nos proponemos decir con las tres palabras: *conspiración del silencio*? En literatura, por ejemplo, ignorar sistemáticamente la obra de un autor que no participa de la feligresía de los rastacueros. ¿Que tiene ideas? Tanto peor. En el mundo de la literatura burguesa, pensar es un riesgo. ¿Cómo se lo posterga? De dos maneras: o se lo calumnia o se lo niega. Y la negación se realiza de estas dos maneras: o no se le acusa recibo del libro que el autor de ideas remita a sus colegas, o se confecciona una tarjeta con texto anfibológico que permite salir elegantemente del trance sin comprometer juicio alguno. Y ocurre pues que el autor así postergado crece en estatura porque él sabe — como Roberto Arlt — que *el porvenir es suyo por prepotencia de trabajo* (N. del A.).

### *Condición y Prendimiento de lo Argentino en la Novela de Oxley*

del extranjero, brutal y egoísta. 2º Sometimiento y explotación del nativo. 3º Ultraje de la joven indígena. 4º Abandono de los hijos naturales. Y, como contracanto, el agobio moral de una raza noble y fuerte que perece en su propia impotencia.

La novela de Oxley es un poema de la voluntad. Es cierto que el remanso acuático atrapa en su seno a todo aquello que carece de fuerza vital para resistir a la atracción abismática. El continente geográfico en que se perpetró la mayor trapacería en la historia de la conquista, tiene para el nativo desvalido la sugestión de un remanso: se mueve en los círculos concéntricos, permanece suavemente en la corriente, luego cae en la fuerza egocéntrica, se debate sin recursos y, finalmente, lo atrapa la pereza y la degradación. El conquistador observa, indiferente, el estrago de su voracidad enfermiza. Más tarde, partirá de la vida sin haber pronunciado una palabra exculpatoria. Este es el meollo de la novela simbólica de Diego R. Oxley.

Se escapa de los remansos. Lo sabe el autor. Su obra erige un poema a la voluntad triunfadora de Alcibíades Avacquirí, que representa el espíritu integrador de una raza que tiene que buscar en los entresijos de su alma las fuerzas necesarias para culminar su propio destino.

El personaje protagónico — Alcibíades por su padre italiano, Avacquirí por su madre india, ojos verdes por él y rasgos faciales mocovíes por ella — pudo perecer en el remanso. Todo coincidía para que fuera fagocitado por las corrientes telúricas con sus presupuestos de mollicie, miseria, ignorancia, barbarie, desenfreno de los instintos y la comunidad sin ley en el territorio islero... A los fenómenos del medio, opuso el fervor del ser distinto, el-ser-que-no-es. Y afiló su voluntad como una lanza. La obstinación hacia arriba es lo que distingue al hombre de los otros seres y aun de ciertos hombres. No ceder a la costumbre, adoptar la posición del individualismo anárquico y aceptar toda responsabilidad de una actitud que contraría las fórmulas cotidianas, constituyen las salientes del hombre que quiere ser él. Y Alcibíades Avacquirí concretó, finalmente, su sueño. Alcanzó el triunfo de su voluntad. Halló la fórmula de su destino, que, en adelante — de

regreso al recinto de su aventura de adolescente — será compartido por Petrona, un amor puro, rural, sencillo, ganado por el desplante de su varonilidad.

La peripecia de Alcibíades Avacquirí es un símbolo. Hay que derrotar al remanso... Los pueblos, como los hombres cuando se aman, podrán proyectarse hacia el porvenir de la historia mediante el ejercicio de una voluntad libre y orgánica. El amor — que es la más duradera victoria del hombre — permite alcanzar la cima. Hacia la cima de la libertad, que es la voluntad, han de marchar los seres que procuran escapar a un común y trágico denominador.

Esto es *El remanso* de Diego R. Oxley, una novela que es un canto. Escrita con respeto y reverencia por el ser. Oxley ha sabido pasar con dignidad por las cosas puercas, debilidades del hombre, no siempre responsable de su caída. El origen del mal es secular y los explotadores aún se complacen con el beneficio que produce la presa...

De todo ello se saldrá algún día, así como salió el magnífico Alcibíades Avacquirí, dueño de sí y de su gloria.

#### PERDURACION EN TIERRA ARISCA

Luego leí *Tierra arisca*. Y, de inmediato, gana el ánimo lo que defino como *condición y prendimiento de lo argentino*. ¿Qué es lo argentino? Se cuenta una novelística argentina que permanece indiferente a lo argentino. Es que lo argentino tiene otra dimensión. Y otra alteridad. La comunión idiomática no siempre es una relación de lo argentino. Es lo que se aprende en *Tierra arisca*. Fluye de la novela una imagen de lo argentino perdurable que tiene raíz en la sangre de los españoles — prófugos de la tiranía — que arribaron al continente para inaugurar el país de sus sueños, la comarca del hombre libre. Quizá, luego de todo, no seamos más que españoles, el modo argentino de estar en lo español: una actitud trascendental contenida en la repugnancia hacia la injusticia y esa vocación para residir allí donde

### *Condición y Prendimiento de lo Argentino en la Novela de Ozley*

debe estar el hombre, es decir, consigo mismo. Lo que trasciende pues de la novela — en el juego fervoroso de actitudes humanas diversas — es la presencia del ser argentino por la categoría del individuo, la singularidad de la condición humana y la nobleza de los sentimientos.

#### LA MEDIDA DEL MUNDO

Esta imagen arquetípica, dentro de la novela, tiene un nombre: Juan Antúnez. Es preciso abarcar la medida del mundo en el cual existe — y coexiste — Juan Antúnez. El meollo de la novela, en concreto, es el siguiente: Antúnez se encuentra en la latitud de un país en el cual tanto el nativo como el inmigrante, son explotados por los dueños de la tierra. El hombre — nacido con la tierra — carece de ella para sobrevivir. Persiste todavía un orden social que sanciona la desigualdad económica y dentro del cual los propietarios fraudulentos de la tierra, pueden explotar a otros hombres en su propio beneficio. Lógicamente a Juan Antúnez lo subleva la injusticia. El se halla allí en el desempeño de una labor jerárquica. Todo podía serle extraño: el hambre, el dolor, la muerte. No se acomoda a lo muelle. Toma posiciones. Y a partir de las ordenanzas de su corazón, sueña con hallar un lugar en el contorno en el cual pueda — mediante la nobleza de sus intenciones — organizar una comunidad en la que arraigue el hombre, descubra el milagro de sus manos jornaleras, funde la familia, subsista de su propio esfuerzo, no explote a sus semejantes. Percibe Juan Antúnez que hay un fondo de bondad en todo hombre. El hombre — como enseñó Leonard Frank — es bueno. En tal presupuesto filosófico hace pie Juan Antúnez. Luego de una larga peripecia humana de contrariedades y satisfacciones, logra constituir una comunidad fundada en el trabajo. Se llama *Los Chañares*. En esa comunidad de esfuerzos — creada libremente, amorosamente, cristianamente — no hay diferencias en el trabajo. Es decir, no hay *trabajos gringos* y *trabajos criollos*. Hay una sola actitud que es la del trabajo. Y el go-

bierno de esa comunidad es un poco el modo de estar Antúnez en la vida: el gobierno comienza por aceptar la condición humana. Y entonces todo es fácil. El gobierno se establece a través de la sonrisa, de la mano cordial, del trato afable.

## DEFINICION DE JUAN ANTUNEZ

La comunidad de *Los Chañares* — como toda la novelística de Oxley — compone un símbolo. El símbolo es la utopía. Toda utopía es siempre un símbolo. En la medida en que la utopía se concreta, se le otorga razón a Víctor Hugo cuando dijo que *la utopía es la realidad de mañana*. De esta manera, en el recinto de un conglomerado humano fundado por el trabajo y el amor, Juan Antúnez compone una delicada realidad ideal novelística. Es cierto. Mas Diego R. Oxley proyecta concretamente una imagen de la realidad de lo argentino a lo largo de su tangible capacidad para el amor y la solidaridad.

Juan Antúnez es campesino. No tiene vasta cultura. No desarrolla teorías complicadas. No es un renovador ni un innovador. No es más culto, por ejemplo, que Martín Fierro. Mas, contrariamente a lo que ocurre con Martín Fierro, a Juan Antúnez le sobra corazón. Radicado pues en el interior de Santa Fe, Juan Antúnez realiza su oficio de trabajador, su largo aprendizaje de hombre. No se dedica a matar gauchos ni gringos ni vigilantes que es lo que hizo, por otra parte, naturalmente, funcionalmente, Martín Fierro. Antúnez no procura redimirlos. No es un redentor. Se achicó la tierra: no hay lugar para los redentores. No postula Antúnez su bondad y se comporta como asesino. No dice que es trabajador y medra de holgazán. Y en lugar de ensayar reacciones contra los gobiernos y los militares y barbotar complicadas sentencias filosóficas, Antúnez se preocupa por comprender y explicar la naturaleza del hombre de campo. Advierte, de este modo, que la adustez y la incultura son fenómenos del medio social en que mora. Mas ese hombre — adusto e inculto — tiene un corazón ti-

### *Condición y Prendimiento de lo Argentino en la Novela de Oxley*

bio para la amistad y un ademán hospitalario. La tierra arisca lo hizo parco en necesidades. Su mundo —su horizonte— es restricto: no tiene complicaciones. Lo cierto es que el hombre posee una afinada sensibilidad para la protesta. Sufre la explotación y se rebela. Los explotadores son matemáticamente semejantes en todos los tiempos y en todas las latitudes geográficas. El explotador no cambia. Desde la conquista hasta nuestros días, en este continente, la explotación es el mismo dolor e idéntico grito.

En este escenario, aparece Antúnez conquistado por el clima, por el lugar, por el hombre, por el paisaje humano. Comprende que no puede desertar del paisaje: está comprometido con el cambio. Y a partir de ese instante, se dispone a trabajar por el cambio. Este cambio no enraiza en complicadas estructuras sociológicas. Ayudar a cambiar no es modificar la organización social: el hombre es quien debe cambiar. Y el esfuerzo creador consiste en darle a los hombres la medida de la posibilidad humana. Todo lo que el hombre realiza es siempre la medida de sí mismo, es una categoría humana. No existen rumbos inmodificables: todo se alcanza en cuanto el hombre se propone fundar una dimensión, un estilo de vida. La esperanza, los sueños y la felicidad se concretan por el propio esfuerzo creador del hombre. Sabía Antúnez que el hombre puede tener esperanzas, soñar y ser feliz en el momento mismo en que se proponga ser feliz, soñar y esperar. Y así, sin presupuestos redentoristas, fundó Antúnez en *Los Chañares* una comunidad de aptitudes fraternas. Los campesinos —gauchos cultos e incultos— tuvieron su tierra, y su pan, y su casa. Y fueron felices porque el trabajo les dio una dignidad encarecida de atributos morales. No le debieron nada a nadie. Era menester crear fe en el trabajo. Es lo que hizo Antúnez. Mas la fe en el trabajo por los que trabajan no puede ser una especulación taimada para enriquecerse con el sudor de los trabajadores. Es la revelación de Antúnez, válida todavía puesto que es, en alguna manera, el destino de nuestra tierra: tenemos que ganarla, ganar nuestro pan y nuestra casa a través del constante esfuerzo creador.

Naturalmente, Antúnez es un hombre que tuvo fe en el trabajo, que es cosa distinta de la fe en el trabajo para vivir del hombre que trabaja. Es una ruindad. Lo ruín no cabe en lo argentino tal como siente Oxley lo argentino. El argentino que apareció en el fondo de la historia, próximo a Juan de Garay, hizo lo que pudo por fundar su heredad<sup>2</sup>. Aquel hombre sabía ya que la tierra tiene los elementos necesarios para vivir en dignidad y libertad. Lo argentino luce en la belleza del corazón, en el resplandor humano, en el desinterés fraterno. Lo argentino que trasciende de Juan Antúnez no viene de una patria pequeña. Tiene la fuerza que ha menester para proyectarse a lo universal. En cuanto lo argentino no tiene categoría universal, ya no es argentino.

Tal la experiencia que realizaron en algún lugar de la tierra, Alcibíades Avacquirí y Juan Antúnez.

#### ANTUNEZ: ACTITUD AFIRMATIVA

En la novela de Oxley, Antúnez es una actitud afirmativa. Lo describe parcamente así: *era gaucho, siempre había sido gaucho*. Oxley no se propuso fijar una región, o un regionalismo, en la literatura ni definir un pasado más o menos cercano o remoto del ser nacional. Ser gaucho — o haber sido gaucho — es una credencial de lo argentino, es un modo de vivir y de convivir. Cabe bien la configuración de lo argentino en el gaucho. Con lo que se quiere decir que es noble, desinteresado, mano abierta, cordial, heroico, corajudo. O lo que es igual: como tiene que ser naturalmente el hombre. Es una actitud afirmati-

<sup>2</sup> Los criollos aspiran a desplazar a los españoles, no sólo del dominio de la tierra, de la tierra que quieren *poseer*: *que solos poseer quieren la tierra / pues solos la ganaron en la guerra*, sino también el trabajo de los indios vencidos. AGUSTÍN ZAPATA GOLLÁN, *El espíritu criollo en la fundación de Santa Fe*. Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional del Litoral, N° 5, págs. 311/12, 1961.

### *Condición y Prendimiento de lo Argentino en la Novela de Oxley*

va de lo argentino esencial que no encontramos en los entresijos de Martín Fierro. Refiere Oxley el connubio de Antúnez con la tierra y el hombre:

¡Cómo lo ganó esa gente con su cordialidad hospitalaria, con su llaneza, con su noble amplitud de espíritu! Lo conmovió la vida sencilla del pueblo y el conformismo desinteresado de los hombres, que no tenían problemas en la lucha por la vida porque sus ambiciones, sus necesidades, eran limitadas y simples. Hasta sus defectos, sus vicios, le parecieron ingenuos, intrascendentes y casi justificados dentro de la característica social del medio.

#### En la asistencia al prójimo

Sintió (Antúnez) la necesidad de mejorar las condiciones de vida de la gente que debía ganarse su pan y el de sus hijos.

#### Y el grado de responsabilidad moral

Llegó a sentirse (Antúnez) dueño y responsable de la felicidad de las personas que estaban vinculadas con la empresa en que se había comprometido.

#### Confiesa luego Oxley que lo había visto a Antúnez

emocionarse profundamente cuando recordó la desdicha de esa gente.

#### Y la revelación de su carácter (Antúnez)

es que a fuerza de vivir entre ellos, viéndolos en el trabajo, en el hogar, en las fiestas, he aprendido a descubrir sus sentimientos, sus rasgos morales, su ingenuidad de niños grandes, su nobleza un poco brutal e instintiva. He aprendido a quererlos.

#### Y la experiencia vital de Antúnez:

A cada cosa, a cada persona que me ha rodeado aquí, le debo algo de lo que soy ahora, algo de esa fuerza que me ata a la vida, de ese vínculo que me une al trabajo, de esa fe que me alienta.

Protesta por la pérdida de ciertas virtudes morales:

¡Lástima que el abandono de ese primitivismo, traiga aparejada la pérdida de algunas condiciones del individuo!

Sólo en lugares como éste, apartado de los centros poblados, sin mucho contacto con el hombre moderno, se encuentran de manera desnuda y llana, la lealtad y la nobleza, la hospitalidad y el desprendimiento. En la lucha diaria no se emplea la sagacidad o la malicia en contra del semejante, pensando en el propio beneficio, y como las ambiciones se reducen a satisfacer las necesidades primordiales, el egoísmo no arraiga en esos pechos fuertes, sin pasiones sombrías, sin dobleces.

Sabe Oxley que lo argentino viene desde la tierra:

Es la influencia de la tierra que ha hecho así a nuestro hombre. Ampliamente abierta al cielo esplendoroso y extendido, pródiga aun en su salvaje hostilidad, ha sido escuela de altruismo, de generosidad, de reciedumbre. ¡Las cosas que podían hacerse con este elemento que lo rodea!

Y, por último, la condición de lo argentino:

—Tierra rebelde — murmura suavemente —. Con la rebeldía soberbia y airosa del hombre que la puebla. Hosca y retraída y con mansedumbre escondida en sus entrañas. Lo mismo que el hombre, que aflora cuando llega a él empujado por el mandato imperativo del amor y de la comprensión.

LO ARGENTINO - ESPAÑOL

Circula una variada gama de inquisiciones en torno a la palabra gaucho y a lo que el vocablo determina. Don Miguel de Unamuno, por caso, se entusiasmó en exceso con el libro de don José Hernández. Llegó a decir que pocas veces había leído obra más auténticamente española que el *Martín Fierro*<sup>3</sup>. Es indudable que a Unamuno le faltó el

<sup>3</sup> Pues yo le digo, quien quiera encontrar en la literatura criolla algo profundo y netamente español, debe ir a buscarlo, como yo lo he hecho, en Hidalgo

### *Condición y Prendimiento de lo Argentino en la Novela de Oxley*

dominio de la realidad social americana. En Unamuno — como en Lugones — prendieron del *Martín Fierro* ciertos presupuestos libertarios, caros a las emociones de los magníficos individualistas. La búsqueda espiritual de Juan Antúnez nos instala en los rumbos de lo español que es raíz de lo argentino. Los nativos que acompañaron a don Juan de Garay hasta Santa Fe de la Vera Cruz, sintieron — en contacto con el paisaje agreste — la emoción de la patria. Don Juan de Garay fue fundador de voluntades y de pueblos. A él le tocará conjurar el movimiento de los Siete Jefes, el segundo reclamo de la individualidad americana. Los Siete Jefes se habían propuesto

defender la tierra que ganaron en la guerra.

Es un atisbo de lo argentino. Siglos después la aventura de Santa Fe la Vieja, será coronada por las ideas americanas de Mayo. Esta revelación de lo argentino, inserto en lo más remoto de nuestra historia, se registra otra vez al cabo de la personalidad señera de Juan Antúnez. El enseña, entre otras cosas, que el gaucho duradero es aquel que desmonta, que olvida las armas y que se inclina hacia la tierra para descubrir, finalmente, el rumbo de lo nacional argentino a través del trabajo fundador de libertades.

#### LO ARGENTINO EN LA NOVELA A TRAVES DE LAS PALABRAS

La peripecia fundacional de Antúnez define el modo de ser argentino. Lo definen también las voces. Poseemos un registro de voces que tuvieron vibración y contenido a lo largo de nuestro ser nacional.

mismo, en Ascasubi, en Estanislao del Campo, en José Hernández. Todo ello es profunda e intensamente español, incluso el lenguaje. Como dije en estudio que hace tiempo dediqué al *Martín Fierro* parece que, al encontrarse los españoles ahí en condiciones sociales y de luchas análogas a las que aquí produjeron nuestros viejos romances, el alma del Romancero resucitó. MIGUEL DE UNAMUNO, Ensayos, págs. 1052/3, T. II, Aguilar.

Paul Valery dijo que *la palabra nos habita y habita todo*. Exacto. Concluyente fue Juan Maragall cuando dijo: *La tierra usó de toda su fuerza para producir el hombre; el hombre usó toda la suya para producir la palabra y la obra de la civilización es haber pulido este instrumento*. El comunero paraguayo Mompó<sup>4</sup> fundó, en esta parte del mundo, dos voces americanas, por eso mismo insurrectas: *voluntad y común*. El expresó en el enunciado de la libertad americana: *La voluntad del común no reconoce superior*<sup>5</sup>. La tierra, la voluntad y la comunidad son voces representativas del ser nacional argentino. Son el punto de arranque de dos gestas estupendas en la América que recién se descubría: los comuneros del Paraguay, y los Siete Jefes de Santa Fe<sup>6</sup>.

A lo largo de la novela *Tierra arisca*, conquistan otras voces nativas, que manejaron, con gracia, Belisario Roldán y Leopoldo Lugones, claros

<sup>4</sup> Tal — para tomar uno que es un ejemplo prócer de hecho colectivo adunado a una precisa exposición doctrinaria — el de la rebelión de los comuneros de la Asunción. (...) Vencida en la lucha — como lo fue tiempo después en demanda semejante a la suya la comuna de Santa Fe — quedó en pie, incólume y operante, símbolo intacto de trescientos años de vida, el principio nutricio de la voluntad histórica destinada a aflorar, vencedora de todo poder, en el Mayo de 1810. SAÚL TABORDA, *La concepción fecúndica de la Historia*. Homenaje a don Martín García, La Plata, 12 de octubre de 1943, pág. 83.

<sup>5</sup> En el claro y rotundo enunciado de uno de sus héroes, de Mompó — de Mompó que, como Antequera, el otro precursor de la libertad americana, aguarda todavía la hora de la justicia —: *La voluntad del común no reconoce superior. La voluntad de los comunes es elemental, permanente, inalienable. Precziste a todas las formas de la monarquía, y es la forma y como el molde primitivo del estado*. SAÚL TABORDA, ob. citada.

<sup>6</sup> La Revolución de los Siete Jefes, se propuso conquistar el *gobierno propio*, o mejor aun, el *gobierno de lo propio*, con la decisión rotunda de una acción de armas, en la que se pone por delante la vida de los que afirmaban así el derecho de una mayoría comunal a darse su gobierno. (...) El fracasado intento revolucionario que se desarrolló entre el rancharío y las primeras tapias que empezaban a levantarse en la ciudad de Santa Fe, recién fundada, fue la expresión del espíritu, rebelde y libre, de los *mancebos de la tierra*, de los *mancebos de garrote*, que en Asunción *hacían usos nuevos* y que *se desvergonzaban con sus mayores*, productos de una nueva generación y del trasplante de una cultura, que reclamaban por primera vez en este lado de América el derecho de una mayoría a darse su gobierno para reivindicar el dominio de la tierra y el trabajo de los indios, sin el cual la tierra era improductiva. AGUSTÍN ZAPATA GOLLÁN, *El espíritu criollo en la fundación de Santa Fe*, Anuario del Instituto de Investigaciones Literarias. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral. N° 5, Rosario, 1961, págs. 312/313.

### *Condición y Prendimiento de lo Argentino en la Novela de Oxley*

poetas optimistas: vida, amor, trabajo, voluntad, optimismo, justicia porque existe la injusticia, tradición, vigor, savia, raíz, luz, fuerza, permanencia. Y cuando a Juan Antúnez le toca señalar su sentimiento vital, Diego R. Oxley se expresa de este modo:

La voluntad de Antúnez ha conformado cierta armonía social, y exclama: *¡Esto es vivir!*

Es decir, vivir en la dignidad. Y el autor instala así a su personaje:

Su mirada brillante refleja un optimismo profundo y un vigoroso deseo de hacerle frente a los inconvenientes.

Luego descubre que

es sostén de ese puñado de gente que lo rodea colmándolo de satisfacciones e infundiéndole el vigor moral que lo ha templado y que le permite ver la vida con más comprensión...

Y afirma Antúnez:

La lucha por la vida no es eso, no debe ser eso. La ambición sin reparos, el egoísmo sin barreras, son criminales porque los hombres pueden medir, a poco que se lo propongan, las consecuencias de esa lucha innoble en el afán de enriquecerse y de acumular poder. Es la eterna cuestión que pone a los hombres de frente: unos con armas que facilitan el triunfo, otros soportando el desamparo que llevan como marcado en el destino.

El trabajo es una actitud argentina. Es la definición de lo argentino. Todo se hizo con trabajo. Es menester preservarlo por el trabajo. Diego R. Oxley enseña:

No hay tarea que resulte pesada cuando se trabaja contento...

Agrega el novelador:

Lo ideal sería que todos los hombres nos sintiéramos perfectamente identificados con el trabajo que realizamos y con el medio en que actuamos. Esta armonía es indispensable en el mundo.

Advierten los gauchos la bondad de Antúnez:

—Da gusto trabajar con un hombre así.

No tendrán problemas los trabajadores de la tierra:

—Tiene que andar bien porque es gente trabajadora y hecha a todo.

Frente al diestro jugador de taba:

—Si fueras tan seguro pal trabajo, serías un gran mensual.

Antúnez es un trabajador:

—El'ombre sabe lo que hace y no le tiene asco al trabajo.

Además,

—Es gaucha el'ombre y ha'garrao con cariño el trabajo.

Un diálogo definidor de la novela:

—Parece que ha echao güena el coloniaje e'Las Charatas. Tan fletiendo bolsas que es un gusto.

—Y lo merecen porque los hombres han trabajado fuerte y con fe.

La voluntad es otra voz argentina, reveladora del carácter argentino. Escribe Diego R. Oxley:

Los claros amaneceres y los crepúsculos engalanados de serenidad, encontraban a los hombres en el surco o empuñando picos y palas con la firmeza del que confía en el triunfo, con la fe del que valora su es'fuerzo. Y por las noches, en las

### *Condición y Prendimiento de lo Argentino en la Novela de Oxley*

breves tertulias familiares previas a la cena, se hacía el balance del trabajo realizado y los nuevos proyectos fortalecían la voluntad refirmando los propósitos.

Lo sabe Oxley — y lo sabemos nosotros —:

—Todo se somete a la voluntad del hombre.

Mas, a Antúnez lo decepciona la injusticia:

—Son largos los días sin pan y no pasan nunca las noches sin esperanzas.

No alcanza lo que gana el peón:

—La viera peliar con la miseria a mi pobre vieja.

Condena así a la codicia:

—¡Cuántas cosas feas ocurren entre los hombres! Es repugnante esa lucha desleal por la obtención de pesos; pero más, mucho más intolerable, era la actitud de esos individuos puestos incondicionalmente al servicio del patrón y cometiendo desmanes y arbitrariedades para satisfacer ajenas ambiciones...

Frente a la impotencia, se revuelve:

—Es terrible verse maniatado; contemplar, palpar el dolor de la gente y no poder acudir en su ayuda...

Abomina de la pasión del lucro:

—La ambición de riquezas, de poder... ¡Cómo pierde a los hombres ese sentimiento que él no entiende cabalmente!

Oxley sabe que son *campana de palo las razones de los pobres*. El pobre pierde siempre:

—Mientras tanto, la lucha despiadada, cruel, hace víctimas y esas víctimas son siempre las mismas. Sin remedio, hasta sin esperanzas. Fatalmente.

La rebelión por la injusticia:

—Se ha dicho que la ley es fría y que la justicia es ciega. No juegan los sentimientos en esos trámites, ni aún cuando la ley está enderezada a beneficiar y a proteger a una de las partes y la justicia tenga los ojos bien abiertos para ver el mal que hace y la rebelión que enciende en los hombres perseguidos y sin defensa.

Otra más:

—¡Cuánto dolor recoge allí donde la injusticia y la maldad se han ensañado!  
¡Cuánta amargura acumula viendo la maniobra que inmola sin piedad y sin consideración a esa pobre gento!

Por último, el amor: Antúnez explica su pasión por Linda, hija de un chacarero, de este modo:

Su amor está fortalecido con el amor por la tierra, con la identificación en la lucha, con el afán de la vida plena e intensa. Y tiene el sabor fuerte de los pastos duros, el perfume picante del sudor de las bestias y el sentimiento eterno y sublime de la naturaleza.

Y ella está enteramente poseída y ganada. Es un complemento del hombre. Su fuerza y su impulso. El sentido de su destino y su más íntimo latido.

Pocas veces en la novela, se ha pronunciado tan delicado homenaje a la mujer.

LA PATRIA DEL HOMBRE

Regresa Antúnez. Finaliza la novela. Viene montado en su caballo luego de haber comprobado que ya está de pie la comunidad libre de *Los Chañares*. Ha descubierto de súbito Antúnez que se encuentra en la patria del hombre. Detiene la cabalgadura y siente orgullo por los niños que salen de la escuela para sus hogares. Y testimonia:

### *Condición y Prendimiento de lo Argentino en la Novela de Oxley*

Al tope del mástil de rústica madera, que se alza en lo alto de su frente, ondea la bandera de la Patria como marcando serenamente un rumbo.

Se emociona viéndola destacarse en lo azul del cielo.

Esta bandera no tiene color. La bandera que ha colocado Oxley al frente de la escuela, en la comarca de *Los Chañares*, es la bandera de la patria del hombre universal.

Por último, la definición de lo argentino en la novela *Tierra arisca* de Oxley, se reduce a las siguientes proposiciones: mirarnos hacia adentro, descubrir nuestro ser nacional, componer nuestra realidad humana. La certidumbre, claro está, de que nadie puede darnos nada. De este modo, proyectar la medida de nuestro ser, sentir el fervor por la individualidad libre, el orgullo de la vida desvivida y preservar la autenticidad del rostro argentino. Todo lo cual constituye una fidelidad con el pulso de la sangre: querer lo que se ha querido, la obligatoriedad de ser útiles, la alegría de haber vivido, la alegría de estar vivos, la alegría de ser siempre jóvenes. Y ser depositarios de la conciencia de que, como seres históricos, nos hallamos en condiciones, en el instante en que nos lo proponamos, de fundar una patria — semejante a la patria común de *Los Chañares* — en un trozo de tierra. O en el orbe todo.

Y extraigo, finalmente, la validez de esta sentencia de Emerson: *El talento no puede crear al escritor. Tras cada libro debe haber un hombre.*

Este hombre, Diego R. Oxley, es tan importante como la más importante de sus novelas.

